



“Entrada en México del Marqués mi Señor y recibimiento que esta Ciudad hizo. Parte tercera”

p. 81-88

Cristóbal Gutiérrez de Medina

*Viaje del Virrey Marqués de Villena*

Don Manuel Romero de Terreros (introducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Historia

1947

92 p.

Figuras

(Primera Serie 3)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de noviembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/003/viaje\\_virrey.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/003/viaje_virrey.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ENTRADA EN MEXICO  
DEL MARQUES MI SEÑOR  
y recibimiento que esta Ciudad hizo.  
PARTE TERCERA





Biombo de China. Siglo XVII.



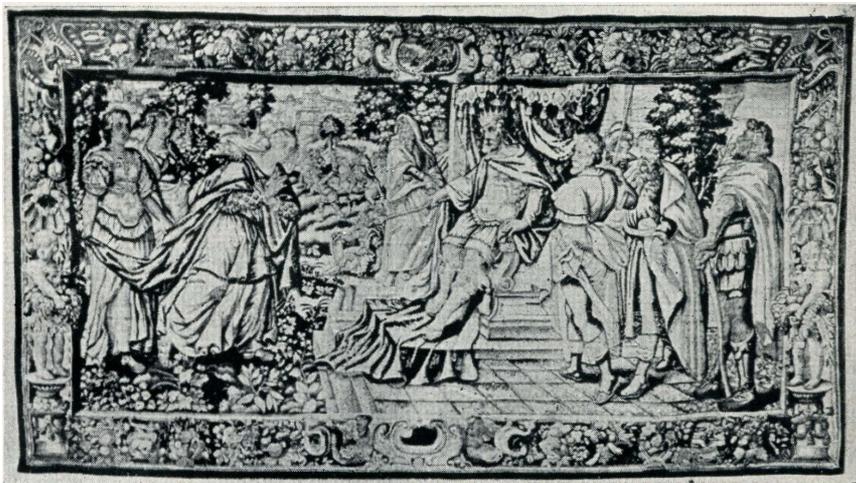
## § 1

Día de San Agustín, a las tres de la tarde, prevenida la familia con traje de gala y de camino, las calles, azuteas y ventanas con tanto concurso, que ni se podía andar por ellas ni estar en las casas sin temor que se hundiesen, con muchos tablados con festines e invenciones de indios, que explicaban su contento con disfraces alegres, ya que con su algarabía no lo podían dar a entender; y tantas eran las bandadas de mujeres como de los hombres, dando todos confusamente gritos y palmadas de contento, alegría semejante a la que tienen los cautivos, cuando les llega el rescate. Y en medio de un arco de flores hubo este jeroglífico: pintóse un pelícano con sus polluelos, sobre un tunal de las Armas de México, dándoles su sangre por alimento; sobre la cabeza y corona, esta letra: *Philipo IIII, el Grande*; debajo, esta: *Pro Lege & pro Grege*: la Española.

México advierte el querer  
de tu Rey en los Villenas,  
si la sangre de sus venas  
te da ¿qué más pudo hacer?

Y aumentando el amor de la fama con la vista de tanta apacibilidad presente, hacían y decían locuras de demostraciones, si lo pueden ser cuando son tan debidas. Todos parecían Obispos en el

echar bendiciones, y reconociendo las propiedades excelentes que ya habían visto y oído del Marqués mi Señor, tan llenas de espíritu divino, decían elogios y requiebros semejantes a los de los fieles fervorosos en la venida del Espíritu Santo; unos, por lo caritativo, le decían: “Venid en hora buena, Padre de los pobres”: *Veni Pater pauperum*; otros, por su liberalidad dadivosa: *Veni dator munerum*; otros, por la luz de su sabiduría: “Venga enhorabuena la luz que ha de desterrar nuestras tinieblas”: *Veni lumen cordium*; otros, mirando su grandeza compasiva, tanto como pedían sus aflicciones, clamaban: “Venga enhorabuena el consolador en sumo grado”: *Consolator optime*; “Tocad en hora buena nuestros umbrales, cuando por vuestra suavidad y dulzura os hospedamos en el alma”: *Dulce sospes animae*; otros: “Ya tienen descanso nuestros trabajos”: *In labore requies*; otros: “Sea bien venida la templanza, para los rigores destemplados que nos tenían agostados”: *In aestu temperies*; “Sea bien venido el enjugador de nuestras lágrimas”: *In fletu solatium*; “Sin vos, Señor, no éramos nada, ni había nada bueno en nosotros”: *Sine tuo numine nihil est in homine*; “Pues venís a curar esta República, sanad lo apostemado, por que todo no perezca”: *Sana quod est saucium*; “Quitad sequedades con lluvia de vuestra sabiduría y blandura prudente”: *Riga quod est aridum*; “Con el calor de vuestro fervoroso deseo, quitad la frialdad y tibieza de los ánimos”: *Fove quod est frigidum*; “Con la suavidad de vuestro natural y severo de vuestra grandeza, ablandad los ánimos cerriles”: *Flecte quod est rigidum*; “Y pues venís como Capitán General, mostrando el camino de la verdad y justicia, haced entrar por camino a los descaminados”: *Rege quod est devium*. Con estas aclamaciones generales de gente noble, eclesiásticos, y seglares, y plebeyos, niños y mujeres, sin poder tener los amos a las esclavas y morenas, que, repartidas en bandas diferentes, hacían alegres bailes, sin que hubiese persona en esta Ciudad a quien no tocase la general alegría de esta venida, entró Su Excelencia en su carroza rica y bordada, digna de tal ocasión, y yéndose



Tapicería flamenca. Siglo xvii.

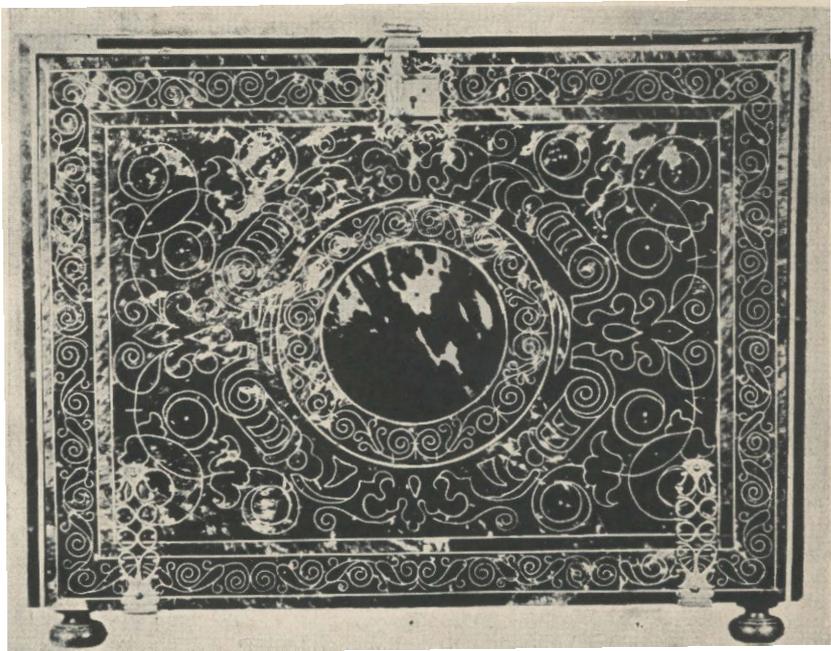
acercando a lo poblado, la Ciudad envió a Su Excelencia dos hermosos caballos, uno morcillo,<sup>28</sup> con silla de ámbar bordada de oro con bellotes de oro y entorchados que la hermo seab a, cubierta de un telliz cabellado de tela de Milán; el otro caballo era bayo, cebruno, que el arte no le pudiera pintar tan hermoso como le hizo la naturaleza; llevaba aderezo de plata pasada, que envió Su Excelencia. Delante iban seis lacayos españoles, con librea de paño fino, leonado, guarnecido de galón de oro, manga de tela, y aderezos dorados; los dos llevaban el caballo en que había de entrar Su Excelencia, otro un quitasol de lama rosada, flores y puntas de oro y plata; otro llevaba la gradilla para subir a caballo, guarnecida de tela, galón de oro y clavazón dorada; otro llevaba las espuelas doradas, pendientes de un bastón dorado. Detrás, dos Regidores Comisarios, en caballos enjaezados, con mucha gala de vestido y riqueza de cadenas y diamantes; en medio llevaban al Paje de Guión, vestido de tela azul y plata, largueado de sevillaneta de oro, manga bordada, cabos conformes, el cual llevaba el Guión con las Armas Reales, bordadas de oro sobre tela carmesí, y al otro lado, un Crucifijo. Llegaron, pues, con los caballos a la carroza de Su Excelencia, ofreciéndolos con voluntad y cortesía, estimada afablemente de Su Excelencia y admitiendo sólo para la entrada tan lucido apercebimiento. A este tiempo venían de palacio 24 caballos, encubertados de damascos de diferentes colores, con clarines y atabales, a los cuales seguía número crecido de Alguaciles; luego, muchos Ciudadanos a caballo y Caballeros ricamente aderezados; luego se seguía la Universidad en forma, con sus maceros e insignias, en número de ochenta; luego, los Relatores y Secretarios de la Real Audiencia; luego, la Ciudad con sus maceros y, detrás, los Alcaldes Ordinarios; luego, los maceros de la Real Audiencia, Contador Real de los Alcabalas, Contador de Tributos, Tribunal de Cuentas, Alcaldes de Corte, Oidores, feneciendo en el más an-

28 Este hermoso caballo se compró al Conde de Santiago y se consideraba el mejor que había en toda la ciudad.

tiguo; y desta forma, salieron a recibir a Su Excelencia, y hecha la ceremonia de cortesías debidas, volvieron con el mismo orden, poniéndose a caballo Su Excelencia, yendo delante de todo su carroza y cuatro coches de Cámara, con el sota caballerizo, trayendo el quitasol a Su Excelencia el Alguacil Mayor desta Ciudad, hasta llegar a la esquina de Santo Domingo, donde hubo una Real portada, que detenía el paso y la vista, con el primor de su pintura y la agudeza de sus jeroglíficos y emblemas.<sup>29</sup>

En esta portada dicha, presente la Real Audiencia, se apeó la Ciudad, y por su Secretario Mayor de Cabildo recibió juramento y pleito homenaje a Su Excelencia de que le guardaría los fueros y defendería y guardaría a Su Majestad este Reino; lo cual hecho, le abrieron las puertas, donde estaba el Regimiento, con palio de tela leonada de plata y oro con 22 varas. Su Excelencia se detuvo, diciendo que la honra que Su Majestad le hacía, la dejaba y quería para sus sucesores; y suplicándole la Ciudad que esta merced de Su Majestad se ejecutase en Su Excelencia, pues lo había concedido, su Grandeza no lo permitió y prosiguió la entrada, llevando los Alcaldes Ordinarios los dos cabos de la brida del caballo. Desde aquí fué tanto el gentío alborotado, que fué necesario, siendo las calles muy anchas, hacer valla por en medio de fuertes maderos; habiendo, por una banda y otra, tablados de arrendamiento y de no poco precio, por sólo ver a quien tanto habían deseado, cosa que jamás en este Reino se ha visto. Desta suerte, se llegó a la Iglesia Catedral, yendo la Guardia con su Capitán delante de Su Excelencia, haciendo paso, porque a tanta multitud toda la prevención dicha aún no bastaba. Salió el Clero de la Iglesia Mayor,

<sup>29</sup> La describe don Genaro García así: “Medía noventa pies de alto, sesenta y medio de frente y siete y medio de fondo; dividiase en tres cuerpos de treinta pies cada uno, y era el primero jónico, el segundo corintio y el tercero compuesto; tenía dos grandes puertas cerradas; sobre ellas, los pedestales, tableros, jambas y frontispicios aparecían en democrático consorcio Venus, Mercurio, Saturno, Marte, Febo y el Aguila olímpica con la América disfrazada de Diana, la Prudencia, la Templanza, la Justicia, la Misericordia, los Reyes y Emperadores que figuraban entre los ascendientes del Duque de Escalona y el Aguila de Tenochtitlán: Mercurio se reproducía varias veces, porque representaba a Su Excelencia.”



Bufetillo de concha nácar y plata. Siglo xvii.

lucido tanto como numeroso, con Cruz y todos los Señores Prebendados con capas y palio prevenido, aunque no admitido, y con música de diestras voces le recibieron cantando el *Te Deum Laudamus*. A la entrada había otra portada de mucho arte y ingenio.

Habiéndole celebrado a Su Excelencia en la insigne Metropolitana y Catedral con chanzonetas, testigos de la alegría y con un breve diálogo, salió hasta Palacio con todo su acompañamiento y comunes aplausos de particulares afectos, y fué cosa de ver que, al salir de la Iglesia, puesto ya el sol, pareció que nacía, porque todo el ventanaje de la Plaza Mayor y azuteas se vido lleno de luminarias, y toda la Ciudad hecha cielo estrellado de luces, las cuales se continuaron por algunos días después, con ingenios de fuegos delante de Palacio, y gran multitud de cohetes, con que la Ciudad mostró su fervoroso deseo.<sup>30</sup>

30 “A pesar de que las fiestas habían durado ya dos meses —dice don Genaro García—, desde el arribo de Su Excelencia a Veracruz, se prolongaron todavía por otros dos; las más notables de las últimas fueron una encamisada o mascarada de gala que organizaron la Ciudad y la nobleza, y un festejo que hizo la Compañía de Jesús.

“Formaron la encamisada veinticuatro caballos encubertados de seda con atabales, trompetas y clarines; ochenta ministros y alguaciles con libreas de sedas de diversos colores y velillos de oro donde se reflejaban los fulgores de los hachones que todos traían; los maceros de la Ciudad, sus Regidores y los caballeros de la nobleza del Reino en número de ciento cuatro, formados de dos en dos, tan galanamente aderezados como ricamente vestidos, adornados de plumas, bandas, cintillos y cadenas, con jaeces de mucho valor y sus criados correspondientes de librea, y todos con luces; los Alcaldes Ordinarios de gala; un carro triunfal lleno de músicos y cantores, que al pasar bajo el balcón de Su Excelencia en Palacio, dieron melodiosas pruebas de su arte; otro carro, en fin, que lucía sobre un trono a una ninfa que representaba a México: a uno y otro lado de este segundo carro, marchaban Fernando Cortés y Motecuhzoma Xocoyotzin, quienes, una vez que estuvieron delante de Su Excelencia, le expresaron la bienvenida en un diálogo que sostuvieron con la ninfa México. Concluido este diálogo, dos guerreros cargados de armas de fuego simularon un combate durante más de media hora, arrojándose tiros, bombas y cohetes. El festejo remató con toros de pólvora.

“El gran festín celebrado por la Compañía de Jesús en honor de su Excelencia, se verificó, el 18 de noviembre, en el patio del Colegio de San Pedro y San Pablo, previamente techado y provisto de varios tablados, en que tomaron asiento los obispos, regidores, títulos, personas graves, religiones y gente del pueblo que habían recibido invitación. Ocuparon el testero principal el nuevo Virrey, Palafox y la Real Audiencia, como invitados de honor. Frente a ellos se erguía un arco de diez y siete varas de altura y quince de ancho. La fiesta principió con un romance que cantaron diestros artistas acompañados de música; recitóse luego una loa; siguió una comedia compuesta en honor de Su Excelencia, sobre la conversión de San Francisco de Borja, Duque de Gandía, y cuyas jornadas quedaron divididas por un entremés y dos danzas



de niños; otros niños vestidos de aztecas y adornados de plumas y piedras preciosas bailaron un *tocotín* o danza indígena, majestuosa, grave y monótona, al son de *ayacachtlis* y *teponaztlis* y de una voz que llevaba el compás cantando así:

“Salid. Mexicanos,  
Bailá el Tocotín,  
Que al Sol de Villena  
Tenéis en Zenith.”